

En contra de la castidad de la filosofía: por qué no debería escandalizarnos la fecundación de la filosofía política por las ciencias



Martín Daguerre

Doctor en Sociología, profesor y licenciado en Filosofía. Es profesor adjunto de las asignaturas Lógica y Ética en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Es director del proyecto “La normatividad en ética y en lógica: una perspectiva evolutiva”.

Mi objetivo será mostrar de qué manera la biología puede aportar a problemas éticos y políticos. Planteo, primero, la noción de *homeostasis* para poder entender, luego, la deliberación racional en relación a los problemas que nos interesan.

Durante mucho tiempo los únicos seres vivos que habitaron el planeta fueron organismos carentes de conciencia, e incluso de toda célula nerviosa. Sólo tardíamente, y a partir de aquellos seres descerebrados, surgieron las neuronas y, mucho más acá, los seres conscientes y autoconscientes.

Con sus escasos recursos, aquellos seres vivos debieron superar diferentes escollos para lograr sobrevivir y reproducirse. ¿Cómo lo lograron? Ya al nivel de las células encontramos dispositivos que les permiten permanecer en un intervalo homeostático, esto es, dentro de ciertos parámetros (de temperatura, energía, etc.) requeridos para mantenerse con vida, y alejarse de los cuales implica perecer. Así, por ejemplo, organismos unicelulares logran de manera automática adquirir energía, reparar su estructura interna o eludir agresores externos o temperaturas extremas.

A medida que los organismos se fueron volviendo más complejos, también se complejizaron los dispositivos que permitían mantener el equilibrio homeostático necesario para sobrevivir y reproducirse. Nos encontramos, entonces, con regulaciones metabólicas complejas, comportamientos que nosotros asociamos al dolor, instintos como el sexo, y reacciones típicas de emociones como el asco o el miedo.

En este proceso, donde todo se fue volviendo más complejo, la finalidad siguió siendo la misma: la regulación

homeostática que da lugar a la supervivencia y reproducción. Y posiblemente la misma finalidad que estos instintos, reflejos y emociones es la que ha venido a cumplir la conciencia y la autoconciencia, con sus concomitantes capacidades cognitivas.

Pensamos y razonamos, entonces, a partir de las emociones en sentido amplio. Nuestra capacidad cognitiva consciente existe precisamente porque es capaz de ayudar al cuerpo a hacer mejor su trabajo, a ajustar sus respuestas de modo de ser más eficiente en la tarea de sobrevivir y producir descendientes que logren, a su vez, sobrevivir y reproducirse.

Si damos por cierto que somos el producto de la evolución por selección natural, y aceptamos que nuestra desarrollada capacidad cognitiva es una herramienta más para el logro de la supervivencia y la reproducción, debemos reconsiderar el modo en que abordamos los problemas éticos.

Biología y metaética

Antes de abordar problemas éticos particulares, veamos cómo influye todo esto en el plano metaético.

Los procesos de deliberación racional requieren tiempo y esfuerzo, pero nosotros debemos tomar de manera rápida y eficiente un sinnúmero de decisiones.

Todo nuestro andamiaje emocional nos permite evaluar rápidamente nuestra situación y decidir, dejando para cuando tengamos tiempo un análisis más exhaustivo y con mayor información. Ahora bien, aun cuando pasemos a hacer este análisis más preciso, siempre será un estudio de los mejores medios para lograr lo que deseamos.

La razón tiene un papel subordinado. Es, en palabras de Hume, esclava de nuestras pasiones. La valoración final de algo estará a cargo de las emociones. De aquí que un psicópata con una capacidad racional envidiable no verá por qué debe comportarse según nuestras normas morales.

Ahora bien, si resulta que en nuestro desarrollo evolutivo fue seleccionada nuestra capacidad de empatía, por lo que nuestro bienestar se encuentra asociado al bienestar de otros, acciones como ayudar, consolar, etc., contarán con un respaldo emocional. Luego la razón podrá determinar cuáles son los mejores medios para ayudar, consolar, etc. (también la razón puede contribuir a arrojar luz sobre lo que verdaderamente valoramos). De esta manera, podemos pensar de la siguiente manera la toma de posición frente a un problema ético: la situación dispara una emoción (por ej., indignación frente al dolor de una niña embarazada a la que se obliga a ser madre), la razón busca los medios para remediar la situación (por ej., legalizar el aborto impediría que la niña esté obligada a ser madre), y se concluye: debe legalizarse el aborto.

Si damos por cierto que somos el producto de la evolución por selección natural, y aceptamos que nuestra desarrollada capacidad cognitiva es una herramienta más para el logro de la supervivencia y la reproducción, debemos reconsiderar el modo en que abordamos los problemas éticos.

De ser así, tenemos dos tipos de juicios éticos: los del tipo "debemos (o no) hacer esto" y los del tipo "esto es valioso (o no)".

En términos metaéticos, este desarrollo nos colocaría en una posición naturalista. No se acepta ningún tipo de dualismo. Sólo se reconoce la existencia del mundo natural. Sin embargo, es un naturalismo que le da lugar, en distintos planos, tanto al cognitivismo, como al no cognitivismo.

Algunos juicios morales (los del tipo "debemos (o no) hacer esto") reflejan creencias, son los que tienen que ver con medios y fines, y esas creencias pueden ser verdaderas o falsas, cuestionables empíricamente. Al decir que debemos hacer algo, estamos diciendo que ese algo es el mejor medio para lograr el fin deseado. De aquí que tenga lugar el cognitivismo en ética. Otros juicios morales no caen dentro del cognitivismo, precisamente porque son evaluaciones de fines, son expresiones de preferencias, expresiones de deseos, de cosas que valoramos, pero no son creencias que puedan considerarse verdaderas o falsas. Por eso este tipo de juicios no está sujeto a la contra argumentación: si valoro algo, y es una de las cosas que más valoro, cuando discuto con alguien no habrá argumento que pueda modificar mi posición.

En resumen, sugiero que nuestros conocimientos biológicos sustentan una metaética naturalista (no realista), que incluye juicios éticos cognitivistas y no cognitivistas.

En resumen, sugiero que nuestros conocimientos biológicos sustentan una metaética naturalista (no realista), que incluye juicios éticos cognitivistas y no cognitivistas.

Biología y ética

¿Qué impacto puede tener la biología en el plano ético? Dado el enfoque evolutivo que estoy adoptando, tomaré problemas éticos vinculados a destacados disparadores de nuestras emociones: la comida, el sexo y las relaciones sociales. Tres problemas que hoy pueden interesar en torno a ellos son la obesidad, el aborto y la injusticia social.

En general, esos problemas son encarados suponiendo que somos sujetos racionales autónomos, y las políticas públicas buscan soluciones que no afecten esas características. De aquí que las soluciones suelen pasar por lograr mayor educación (más información para que el ciudadano autónomo haga con ella lo que desee, sin que se le imponga nada) y mayor crecimiento económico (mayor cantidad de recursos para que el ciudadano autónomo haga con ellos lo que desee). Sin embargo, las soluciones fracasan.

Veamos qué pasa con la alimentación. El gasto de energía dispara, en un momento, una sensación de apetito. Ello nos llevará a comer hasta que nos sintamos saciados. Se da de esta manera el proceso homeostático. Pero la sensación de saciedad es distinta cuando estamos frente a alimentos que, en nuestra época de cazadores-recolectores, eran de difícil acceso. En estos casos, se bloquea la sensación de saciedad y nos queda lugar para comer un poco más (siempre hay lugar para el postre). Esta alimentación adicional será almacenada en las glándulas adiposas para mo-

mentos de escasez. Sin embargo, las glándulas adiposas, en función de su tamaño van liberando leptina, que nuevamente contribuye a la sensación de saciedad, lo cual es óptimo porque puedo acumular, pero acumulo hasta cierto punto. Engordar mucho es contraproducente para una vida nómada, de cazador-recolector. De nuevo, se da un proceso homeostático eficiente.

Sin embargo, cuando los entornos cambian, procesos seleccionados por su eficiencia pueden pasar a ser subóptimos o ineficientes. En el entorno de hoy, hay sobreabundancia de alimentos y a la vez los alimentos están diseñados por lo que se llama “cocinas laboratorio”, para que uno se vea tentado y no pueda parar de comer: tiene que ser crocante por fuera pero no por dentro, una mezcla adecuada de sal, grasa y azúcar, para que uno quiera seguir comiendo. A su vez, en situaciones de estrés típicas de los tiempos presentes, hay alimentos que contribuyen a reducir el estrés (comer chocolates, no zanahoria). Y así se va modificando la sensación de saciedad, los vínculos con la comida, el hambre y, por supuesto, el cuerpo. Quien padece obesidad puede sentir hambre aunque sus glándulas adiposas liberen leptina, y sentirá, además, menos placer con la comida, que la esperada por su cerebro.

Cuando el cuerpo, con todas sus reacciones emocionales, se ha modificado y valora de un modo contraproducente, la razón, con su papel subalterno, tiene pocas probabilidades de ser capaz de modificar la situación.

Las políticas deben ir dirigidas a lograr cambios en el plano emocional, no racional. Eliminar ciertas opciones (desde kioscos en las escuelas hasta la venta misma en cualquier lugar de ciertos productos), ciertas libertades, resulta más pertinente, pero para ello debemos dejar de concentrarnos en el ciudadano autónomo, que tiene a su libertad como lo máspreciado.

Cuando el cuerpo, con todas sus reacciones emocionales, se ha modificado y valora de un modo contraproducente, la razón, con su papel subalterno, tiene pocas probabilidades de ser capaz de modificar la situación. El hambre y el placer son dos sensaciones muy potentes, por lo que es más probable que la razón se subordine a ellas, que logre dominarlas, valiéndose del conocimiento de que la obesidad le traerá problemas a largo plazo.

Pedirle a un obeso que sea un *phrónimos* aristotélico es como pedirle a un adicto a la heroína que supere su adicción por voluntad propia, haciendo uso de su razón práctica. La corteza prefrontal no tiene esa capacidad, de manera tal que no hay modo de resolverlo con políticas estatales pensadas para un sujeto autónomo racional. No tiene sentido informarle al sujeto autónomo que adelgazará si gasta más de lo que come, o si incorpora a su dieta un mayor porcentaje de fruta y verdura. La enorme mayoría de quienes padecen sobrepeso u obesidad no tiene un problema de información. Tampoco tiene sentido sugerir caminar más, no llevar una vida tan sedentaria.

Las políticas deben ir dirigidas a lograr cambios en el plano emocional, no racional. Eliminar ciertas opciones (desde kioscos en las escuelas hasta la venta mis-

ma en cualquier lugar de ciertos productos), ciertas libertades, resulta más pertinente, pero para ello debemos dejar de concentrarnos en el ciudadano autónomo, que tiene a su libertad como lo más preciado.

Vayamos al aborto. Empecemos por una situación óptima. Supongamos a dos enamorados. La sensación de enamoramiento contribuye al deseo de tener relaciones sexuales, lo cual da lugar al embarazo de la mujer. El embarazo dispara una liberación mayor de oxitocina, que da lugar a una “maternización del cerebro”. Como otros mamíferos, empieza a buscar un lugar limpio y seguro para tener a su hijo. A su vez, la maternización del cerebro (más la liberación de opioides endógenos) dará lugar a un vínculo emocional especial que hará posible el esfuerzo que exige criar a un ser tan vulnerable y dependiente como el bebé humano. El enamoramiento, por otra parte, lleva a que el padre desee formar parte de esa crianza. Además, los rasgos del bebé generan empatía en el resto de la comunidad, por lo que despierta la disposición a servir de apoyo a la pareja en situaciones especiales. Tal la situación ideal.

Ahora bien, cuando las condiciones no son favorables (por ej., porque se está pasando por un período de hambruna, o no se cuenta con la disposición del padre a cooperar, o ya se tienen otros hijos para cuidar) podemos encontrarnos con trágicos casos de infanticidio, muchas veces velados. En términos evolutivos, la decisión de no ser madre en estas condiciones, para

poder ser madre luego, cuando las condiciones mejoren, o la decisión de no ser madre de otro bebé, para poder dedicarse a que sobrevivan sus otros hijos, puede permitir la mayor tasa de reproducción.

Hoy, nuevamente, nos encontramos con un entorno muy diferente al de los cazadores-recolectores. El desarrollo tecnológico nos permite tomar decisiones mucho antes de que el bebé nazca. La decisión que la mujer siempre tuvo que tomar es la siguiente: ¿deseo modificar mi vida de cara a hacerme cargo de otra persona durante varios años? Hoy, esa decisión puede

tomarse desde el primer día de embarazo, por lo que ya no sería necesario enfrentarse a la tragedia de estar decidiendo cometer infanticidio.

En nuestra cultura centrada en la autonomía, se suele recurrir al derecho al propio cuerpo para justificar la legalización del aborto. Sin embargo, las mujeres que efectivamente abortan no lo piensan en esos términos, y, por otra parte, es difícil creer que las mujeres que

abortan en condiciones paupérrimas estén arriesgando sus vidas para que no se vea afectado el uso de su cuerpo durante nueve meses.

El aborto debe verse como una alternativa al infanticidio, y no como un asesinato. Y si se piensa en la adopción como una propuesta que evita el costo que la mujer no quiere pagar, a la vez que salva la vida del feto, se está pasando por alto lo que implica la maternización del cerebro. Si la mujer lleva adelante el em-

El aborto debe verse como una alternativa al infanticidio, y no como un asesinato. Y si se piensa en la adopción como una propuesta que evita el costo que la mujer no quiere pagar, a la vez que salva la vida del feto, se está pasando por alto lo que implica la maternización del cerebro.

barazo, puede que genere un vínculo con el bebé que la coloque ante una trágica decisión: darlo en adopción o asumir una carga que ya sabía al inicio del embarazo que le iba a resultar insoportable.

De nuevo, conocer la biología que hay detrás de los problemas éticos contribuye a una evaluación más seria de las soluciones alternativas que tenemos.

Pasemos, por último, a la injusticia social, más precisamente a nuestra sensación negativa frente a la existencia estresante de pobres e indigentes. En sociedades como la argentina se suele buscar la solución a ese problema mediante políticas que promuevan el crecimiento económico. El crecimiento económico siempre es bien visto por las teorías políticas centradas en la autonomía, puesto que lo que se logra con tal crecimiento es generar más medios para que los ciudadanos puedan hacer con ellos lo que libremente quieran.

Ahora bien, la capacidad de consumo de cualquier individuo pobre en la ciudad de La Plata es tremendamente superior a la capacidad de consumo que podía tener alguien de clase alta de hace doscientos años: tiene luz eléctrica, internet, acceso a especias, puede escuchar música cuando quiere, etc. Sin embargo, su angustia no deja de ser importante. ¿Qué le puede reportar el crecimiento económico? Supongamos que pueda pasar a vivir en una casa con las comodidades de alguien que hoy tiene un ingreso bastante superior. ¿Habrá cambiado algo? No, si los que hoy tienen un

ingreso bastante superior a él, siguen teniendo un ingreso bastante superior.

Las sociedades cazadoras-recolectoras, en general, eran igualitarias. No nos importa tanto la capacidad de consumo, sino no pertenecer a las capas jerárquicamente inferiores. No es la pobreza lo que nos afecta, sino la desigualdad. De manera que el crecimiento económico no será la solución al estrés crónico que nos dispara nuestra situación subordinada, sino la redistribución tendiente a la igualdad.

Si nos pensamos como sujetos autónomos y racionales, seguiremos viendo soluciones a nuestros problemas en la educación y el crecimiento económico. Sin embargo, la biología nos muestra que no somos esos sujetos autónomos racionales, y el conocimiento de nuestra naturaleza emocional parece permitirnos pensar en políticas realmente eficaces.

No es la pobreza lo que nos afecta, sino la desigualdad. De manera que el crecimiento económico no será la solución al estrés crónico que nos dispara nuestra situación subordinada, sino la redistribución tendiente a la igualdad.



Maestría en Filosofía

<https://tinyurl.com/yaupw7ny>

PREGUNTAS DEL AUDITORIO

Asistente: Voy a intentar sintetizar lo mejor posible el punto de tu exposición para ver si lo capté. Distinguí juicios absolutos y juicios relativos, las cosas que deseamos, los fines. Y la racionalidad opera como un medio. Pero hay un momento en que me perdí. Decís que nuestros juicios absolutos, lo que deseamos, tienen que ver con nuestra constitución biológica, con nuestra historia natural, ¿o no necesariamente?

Martín Daguerre: No necesariamente y puedo explicar por qué. En general, hay algunas metas que son muy fuertes. Te podés preocupar por muchas cosas, pero en la medida en que empezás a sentir hambre, lo demás empieza a perder fuerza. Si tenés un deseo sexual muy fuerte y tenés que preparar un examen, y tenés la oportunidad de tener una relación sexual, la importancia del examen se relativiza en función de tu deseo.

Asistente: Entonces, para entender el origen de alguno de esos juicios absolutos, hay que entender nuestra constitución biológica.

Martín Daguerre: En términos éticos, lo importante son ciertas relaciones sociales con valor. Bernard Williams dice que si asumo una ética kantiana (o la utilitarista), que me pide imparcialidad frente al mundo, atento contra las relaciones que más se valoran en la vida. Podré disfrazar mi imparcialidad, pero no seré ni kantiano ni utilitarista. Una ética tiene que ser compatible con relaciones que tienen un valor altísimo en la sociedad.

Asistente: Entonces el punto es entender bien los vínculos entre Biología y Ética. Me pareció interesante el punto de dejar de pensar en políticas públicas orien-

tadas a un sujeto racional autónomo. El problema es que hay prejuicio acerca de los resultados científicos, en general progresistas. Por eso, cuando mencionás la ética política científicamente informada, creo que pensás en favorecer el reconocimiento del aborto. El punto es que no hay una buena razón para ello.

Martín Daguerre: No puede ser de otra manera. Algunas cosas para mí son fundamentalmente valiosas, y no estoy dispuesto a modificarlas, porque hacen a mi persona. Por ejemplo, quiero tener una relación de amor con mis hijos; y las investigaciones científicas me podrán decir que lo quiero porque ellos transmiten mis genes; pero digan lo que digan, ¿qué otro fin valioso puedo tener por encima de la relación de amor con mis hijos? Un desarrollo científico podrá afirmar, por ejemplo, que las mujeres son menos inteligentes que los hombres en el plano de las Matemáticas; pero, ¿modifica en algo la relación que quiero tener con las mujeres? Si lo que quiero es tener relaciones de carácter igualitario con ellas, porque mi corteza somatosensorial genera sentimientos de placer cuando me relaciono de igual a igual, ningún conocimiento científico podrá ofrecerme información que me lleve a establecer relaciones desiguales. La razón, en este caso aplicada al logro de conocimientos científicos, sólo me ofrece medios, no me lleva a cambiar mis valores más importantes.

Asistente: Lo extraño es cuando esto se lleva al plano de las políticas públicas y la educación segregada.

Martín Daguerre: ¿Por qué es extraño?

Asistente: Voy a esto: si se pueden extraer conclusiones morales de la producción científica, la producción

científica es entonces cambiante.

Martín Daguerre: Puedo estar equivocándome con respecto a mis fines, y puedo clarificarlos (pensé que eran unos, y en verdad buscaba otros). Pero la ciencia como producto más acabado de la razón es un medio. No tengo por qué temerle, porque una vez que estoy seguro de mis fines, todo lo que se pueda saber, lo quiero saber.

Asistente: Si el punto es entonces que la ciencia provee buenos medios para alcanzar fines, no tengo ninguna objeción. (Risas)

Con todo, planteas la importancia de que en la política pública se considere que el sujeto no es puramente racional y autónomo, y la importancia de que en el ámbito académico (en Filosofía, en Ética, en Política) se considere que no somos seres autónomos cognitivos.

Martín Daguerre: Diría, por la influencia que ha tenido el Liberalismo, con buena influencia en muchos sentidos.

Asistente: En el ámbito filosófico, para mí, la concepción de sujeto autónomo es una especie de vestigio; en el ámbito público es bastante ambivalente, porque, por poner un ejemplo, se quiere combatir la obesidad dando charlas en colegios y haciendo publicidad, tratando a los sujetos como seres cognitivos; ahora, el mercado la tiene más clara, sabe bien que el sujeto no es racional.

Martín Daguerre: El mercado sí tiene claro el tema.

Asistente: Y el ámbito público está fuertemente dominado por el mercado. Por eso las políticas públicas

muchas veces son una pose.

Martín Daguerre: Fijate, con respecto a la obesidad, lo que ocurre en Estado Unidos: cuando se ha querido ir contra McDonald's, aparece la izquierda diciendo que le quieren sacar al pobre el placer de comer algo rico. Eso ocurre por desconocimiento de niveles biológicos. Hay políticas que no tienen sustento, entonces el mercado las pasa por encima porque sabe cómo dirigirse al sujeto emocional.

Asistente: ¿Se está involucrando el plano académico con las ciencias biológicas?

Martín Daguerre: Una puerta que veo es el tema del derecho de los animales a partir de que nosotros somos un animal más.



Maestría en Filosofía

<https://tinyurl.com/yaupw7ny>